

» tenemos, dijo una monarquía constitucio-  
 » cional? El Emperador muerto, vive el Em-  
 » perador: Napoleón I<sup>o</sup> ha declarado su abdi-  
 » cación, la habeis aceptado; por eso solo,  
 » por la fuerza de las cosas y por una conse-  
 » cuencia irresistible, Napoleón II es empera-  
 » dor de los Franceses. Ni siquiera podeis de-  
 » liberar.... nuestras leyes fundamentales han  
 » decidido la cuestion.... La abdicacion del  
 » Emperador es indivisible.... pido que la asam-  
 » blea declare y proclame que reconoce á Na-  
 » poleón II, como emperador de los Fran-  
 » ceses.»

Esta proposicion, que conmovió á la asam-  
 blea, fue sostenida con fuerza por el ministro  
 de Estado Regnault de San Juan de Angeli que  
 pidió que todas las actas públicas y privadas  
 fuesen redactadas en nombre de Napoleón II,  
 y que se le proclamase en esta sesion. Varios  
 diputados interrumpieron al orador sustituyendo  
 la *nacion* a todo cuanto en el discurso  
 de Regnault se referia á Napoleón II. M. Du-  
 pin siguió el mismo sistema precisándolo to-  
 davía mas. «..... Seriamos unos insensatos,  
 » dijo, de abandonar lo que todavía podemos  
 » esperar de un héroe para aguardarlo de un

» niño. Pregunto si Napoleón II podrá hacer  
 » lo que su padre reconoce no haber podido,  
 » por el acta de abdicacion..... ¿Qué es lo que  
 » tenemos para oponerlo á los enemigos? La  
 » nacion. Es en nombre de la nacion que se  
 » peleará, que se negociará; ella es quien  
 » precede y sobrevive á todo gobierno.—¿Por  
 » qué no proponeis la República? dijo un di-  
 » putado. » La idea de M. Dupin no fue tal.  
 En fin M. Manuel, despues una improvisacion  
 muy hábil sobre la cuestion política que ocu-  
 paba la Francia, la Europa y las Cámaras;  
 despues de haber reproducido todos los argu-  
 mentos á favor del reconocimiento de Na-  
 poleón II, como una consecuencia de la ab-  
 dicacion del Emperador, y dado á conocer los  
 peligros que amenazaban á la Francia, con  
 motivo de la existencia de los partidos repu-  
 blicano, realista y orleanista, dió fin á su dis-  
 curso en los términos siguientes: «Repito que,  
 » por lo mismo que se ha puesto en cuestion,  
 » Napoleón II ha de ser reconocido..... Pido  
 » que la Cámara pase al orden del dia mo-  
 » tivado: 1<sup>o</sup> *Sobre que Napoleón II ha venido*  
 » *á ser Emperador por el hecho de la abdicacion*  
 » *de su padre y por la fuerza de las ins-*

despues de restablecida enteramente la tranquilidad.

El conde de Segur tomó la palabra y dijo : « ¿Qué arriesgamos en decir lo que es positivo? » Napoleon ha muerto politicamente cuando » podia defender todavía su trono; su sacrificio no ha de ser inútil. El sucesor es Napoleon II. El gobierno provisional tratará en » su nombre; pido que el gobierno provisional tome el título de *regencia*. » La proposicion de Luciano, sostenida por el duque de Basano, el príncipe José, los condes Roederer, Flahaut y Cornudet, fue suspendida hasta el dia siguiente á propuesta de Thibaudeau. Admiró mucho la violencia del ministro Decres que exclamaba con mucha fuerza : « No » tratemos de personas; la patria antes de » todo, pido que se cierre la discusion..... »

En seguida, la Cámara de los pares nombró dos individuos para el gobierno provisional. Los elegidos fueron Quinette y el duque de Vicencio : los representantes eligieron al general Grenier, al conde Carnot, y al duque de Otranto, que, segun se dijo, obtuvo la presidencia por una superchería. De manera que todo quedaba consumado; Fouché ocupaba el lu-

gar de Napoleon. Qué sucesor de un grande hombre! Qué indigna profanacion del poder! Qué garantía para la nacion indignada! El gobierno provisional, constituido de este modo, encargó al príncipe de Essling el mando en gefe de la guardia nacional de Paris. La declaracion de Napoleon decia : « Los ministros ejercerán sus empleos bajo la autoridad de la » comision. » Dos de entre ellos se negaron á ejercerlas, los duques de Basano y Cambaceres. Boulay del Meurthe y Berlier los suplieron. M. Bignon reemplazó al duque de Vicencio como ministro de relaciones exteriores. El ministro de la guerra se encargó de la defensa de Paris; el mariscal Jourdan tuvo el mando del ejército del Rhin; los señores Pontecoulant, La Fayette, Sebastiani, D'Argenson y Laforest, nombrados plenipotenciarios, fueron diputados para ir á proponer la paz á los aliados.

Luego despues de su instalacion, el gobierno provisional fue presentado á Napoleon, que hallando entre sus individuos á dos de sus ministros y á un consejero de Estado, tenia bastantes motivos de seguridad personal y de consideracion. El 27 los señores Andreossy, Boissy

d'Anglas, Valence, Flaugergues y Labesnardiere fueron enviados á negociar un armisticio con Wellington.

El gobierno provisional decretó que todas sus actas serian encabezadas en nombre del pueblo frances. La Cámara se estrañó mucho y pidió explicaciones sobre tan estraña disposicion. El duque de Otranto contestó que ninguna potencia habia reconocido todavía á Napoleon II y que se habia tomado este medio por no tener dificultades. Esto destruia en el hecho el reconocimiento de Napoleon II, á pesar de todas las declaraciones solemnes hechas anteriormente. Entretanto se declaraba á Paris en estado de sitio, y se llamaba al ejército del Norte para defender á la capital. No se hizo mencion de los federados, ni de sus patrióticos ofrecimientos. Las Cámaras votaron proclamas patrióticas á los ejércitos y al pueblo frances. Este infeliz pueblo, agoviado por tantas tempestades, habia recibido en el discurso de diez y ocho meses, las proclamas de Napoleon, de la regencia, de los soberanos extrangeros, del gobierno provisional, presidido por Talleyrand, del conde de Artois, de Luis XVIII, otra vez de Napo-

leon, de las Cámaras y del gobierno provisional, presidido por Fouché. Felizmente la historia presenta pocos ejemplares de semejantes juegos de la fortuna que sentenciaba á una nacion á tener necesariamente deseos, intereses y deberes tan opuestos.

El 3o de junio el príncipe de Ekmulh, ministro de la guerra, escribia desde el cuartel general de La Villete á Wellington: «Vuestros movimientos hostiles continuan aunque, segun sus declaraciones, los motivos de la guerra que nos estan haciendo los soberanos, no existen ya desde la abdicacion del emperador Napoleon.» Acababa pidiendo un armisticio igual al que el mariscal Suchet habia convenido con los Austriacos. Por otra parte, nuestros plenipotenciarios recibian de los aliados la seguridad de su intencion positiva *de no imponer á la Francia ninguna forma de gobierno.*

Pero la comision provisional, distraida por los cuidados que le daban los intereses generales, ignoraba todas las maquinaciones de Fouché, su presidente, que estando solo en los secretos del porvenir, engañaba al mismo tiempo al gobierno provisional, á las Cáma-

ras, á los aliados y hasta al mismo Luis XVIII.

El mariscal Grouchy, despues de haber batido á los Prusianos en Wavre, habia vuelto con cuarenta mil hombres y ciento y cincuenta cañones hasta Soissons, donde logró detener al enemigo, que, dueño ya de Compiègne, de Senlis y de Creil, estaba mas cerca que él, de Paris. Este mariscal debia mandar el ejército del Norte llamado á defender la capital. El general Reille mandaba el primero y el sexto cuerpos, y el general Vandamme el tercero y el cuarto y la caballería del general Excelsmans. Drouot, el compañero de Napoleon en la isla de Elba, mandaba la guardia, y el mas hábil guerrero despues de Napoleon, Massena, estaba á la cabeza de la guardia nacional parisiense. Por otro lado, M. de Vitrolles á quien Napoleon no habia querido entregar á un tribunal, estaba libre y desempeñaba publicamente en Paris y en el cuartel general funciones confidenciales. Pero, mientras tanto que el Emperador permanecia en el palacio del Elyseo, el ejército y el pueblo le pertenecian por la unanimidad de su adhesion, y los federados rabiaban por vengarse de 1814, agarrando las armas que el duque de Feltre les habia ne-

gado en aquella época. Fouché y sus secuaces los unos por interes, otros engañados por su política y por motivos mas honrados resultantes de un error generoso, pensaban que era preciso alejar cuanto antes al hombre que, aunque desarmado y casi cautivo en medio de la capital, tenia suspensos á los aliados, á sus enemigos interiores y al mismo rey. En efecto, ¿quién podia calcular lo que hubiera producido la presencia repentina de Napoleon á la cabeza de ochenta mil soldados, de la guardia nacional y de la poblacion tan dispuesta á dejarse inflamar en aquellos dias de conmocion general? Así es que inmediatamente despues de la abdicacion, el miedo y la política, bajo el disfraz de un zelo puro, instaron al Emperador sobre la urgente necesidad de su salida de Paris, y él mismo se apresuró á declarar que se proponia salir cuanto antes, temiendo que los aliados sospechasen su buena fe y calumniasen su abdicacion. Consideraba su honor comprometido en ejecutar al instante sus promesas, del mismo modo que lo habia hecho en nombre de la Francia cuando el tratado de Amiens, y en su nombre en Fontainebleau el año anterior. Napoleon quiso mantenerse fiel

á su gran sacrificio hasta el último momento. El 25 de junio, pidió dos fragatas para trasladarse fuera de Francia y el mismo día abandonó el palacio del Elyseo, demasiado pequeño pocos días antes, para contener los cortesanos y los ambiciosos, y se retiró á la Malmaison, que fue la primera parada de su destierro.

El Emperador, después de haber bajado dos veces del trono, que acaso hubiera podido conservar con el apoyo de la Francia, volvió á verse en la habitación del primer cónsul, donde fue recibido por la princesa Hortensia. Cuántos recuerdos se le presentaron á la imaginación en un palacio lleno de los monumentos de su primera gloria! ¿Qué mejor teatro hubiera podido elegir para dirigir á los compañeros de sus triunfos esta última y hermosa proclama, titulada:

*Napoleon á los valientes soldados del ejército que está delante de Paris.*

« SOLDADOS!

» Obligado por la necesidad á separarme  
» del valiente ejército francés, me queda la

» esperanza de que justificareis por servicios eminentes á la patria la estimación que  
» os profesan los mismos enemigos. Soldados!  
» seguiré vuestros pasos aunque ausente. Conozco todos los cuerpos del ejército; ellos y  
» yo hemos sido calumniados. Unos hombres indignos de apreciar nuestras hazañas, han  
» creído que vuestra adhesión era únicamente  
» relativa á mi persona, vuestros futuros sucesos harán ver que sobre todo serviais á la  
» patria, cuando marchabais bajo mis órdenes,  
» y que el afecto que me teneis, le debo á mi ardiente amor á la Francia nuestra  
» madre común. Soldados! con algunos esfuerzos mas, la coalición queda disuelta. Napoleon os reconocerá á la fuerza de los golpes que vais á dar. Salvad el honor y la independencia de los Franceses. Sed hasta el fin tales que os he conocido de veinte años á esta parte, y sereis invencibles.»

Esta generosa despedida no llegó hasta el ejército; ni siquiera el *Monitor* la publicó. Fouché temió que el efecto que hubiera producido estorbaba la ejecución de sus planes. En vez de una noble y última satisfacción, Napoleon recibió un nuevo ultraje. El teniente ge-

neral Beker , miembro de la Cámara de los diputados, llegó á la Malmaison con una comision del gobierno, que le encargaba la custodia de Napoleon. « El honor de la Francia , » decia el ministro de la guerra, exige que se » cuide de la conservacion de la persona de » Napoleon, y que se le guarde el debido respeto, al paso que el interes de la patria » pide que se quite á los malévolos el pretexto » de valerse de su nombre para excitar dis- » turbios. »

Napoleon , que conoció desde luego las precauciones del miedo , bajo las apariencias de un zelo hipócrita, se contentó con decir al general Beker : « Que se le hubiera debido avisar de oficio de esta disposicion , que miraba » como una mera formalidad y *no como medida de vigilancia*, que le parecia tanto mas » inútil, cuanto estaba muy ageno de querer » faltar á sus promesas. » El general habiéndole informado de la marcha del gobierno y de las disposiciones de las Cámaras : « Que se me dé, » dijo, las dos fragatas que tengo pedidas, » y salgo al instante para Rochefort ; es menester á lo menos que pueda ir donde » tengo résuelto, sin correr el riesgo de caer

» en manos de mis enemigos ; tengo prisa de » salir de Francia , para sustraerme á los designios que *el enemigo tiene formados contra mi persona*, y escapar de una catástrofe, » cuya odiosidad recaeria sobre la nacion. » Napoleon estaba entonces mejor inspirado que lo fue quince dias despues , cuando fue á precipitarse en el peligro que habia querido evitar.

Si la comision de gobierno hubiese puesto á disposicion de Napoleón , al mismo momento que las pedia, las dos fragatas que reclamaba para ir á los Estados-Unidos con su familia, el mar estaba libre , y el Emperador hubiese escapado á la coalicion. Pero la comision obró de otro modo. El 26 dió el encargo al general Beker *de acompañar á Napoleon hasta la isla de Aix*, y de quedarse cerca de su persona hasta la llegada de los pasaportes *pedidos á la Inglaterra para el paso de este príncipe á América*. Al mismo tiempo mandó al ministro de marina armar dos fragatas en Rochefort con destino á los Estados-Unidos. Con esta última medida se despertó á los Ingleses sobre el punto de desembarco y se puso voluntariamente entre sus manos la suerte de

» tituciones del imperio : 2º Sobre que las dos  
 » Cámaras han querido y entendido, cuando  
 » han nombrado una comision de gobierno ,  
 » asegurar á la nacion las garantías que nece-  
 » sita en las circunstancias extraordinarias en  
 » que se halla para conservar su libertad y su  
 » reposo. »

Esta proposicion se admitió unánimemente, y, por la segunda vez, la asamblea y las galerías se levantaron gritando : *Viva el Emperador!*

Las resoluciones de la Cámara de los representantes se enviaron á la Cámara de los pares en la sesion de la noche que fue muy agitada. Los amigos de Napoleon no se olvidaban de la proposicion de La Bedoyere, apoyada por M. de Segur.

El presidente abrió la sesion refiriendo las últimas palabras del Emperador á la diputacion : *Mi abdicacion ha sido unicamente á favor de mi hijo.* « El Emperador ha abdicado, » dijo Luciano Bonaparte, *viva el Emperador!* » Pido que la Cámara, por un movimiento espontáneo, declare que reconoce á Napoleon II » como emperador de los Franceses. Esta proposicion impugnada por Boissy, fue apoyada

con violencia por La Bedoyere. « Repito, dijo, » lo que dije esta mañana. Napoleon ha abdicado á favor de su hijo. Si las Cámaras no » proclaman á Napoleon II, la abdicacion es » nula de toda nulidad. Mientras el soberano » fue feliz no faltaban voces á su favor ; ahora » que se halla desgraciado se alejan de su persona ; no falta quien no quiere reconocer á » Napoleon II, porque prefiere recibir la ley » del extranjero á quien da el nombre de » ALIADO. La abdicacion de Napoleon es invisible. Si no se quiere reconocer á su hijo, » debe empuñar la espada, rodeado de los Franceses que han derramado su sangre para él » y que todavía estan cubiertos de heridas. » Los viles generales que ya le han vendido le » abandonarán, pero si se declara que todo » Frances que abandone sus banderas será infame, que su casa será arrasada y su familia proscripta, entonces no existirán mas traidores ni maquinaciones, cuyos autores acaso » están aquí entre nosotros. »

Enmedio del tumulto que se originó de esta violenta declamacion, se oian los gritos de *orden! orden! Escuchad,* dijo La Bedoyere ; el presidente se cubrió, y siguió la discusion,